

## Christian Andreas Doppler

(Salzburgo, 1803 - Venecia, 1853)

Pensar en filosofía es preguntarse por la muerte. Este legado de los griegos quizás haya estado en mi inconsciente cuando decidí embarcar. Ahora, la nave apuntaba su proa al mar abierto. Franqueada de palacios marmóreos surcaba angostos canales hacia el norte de la ciudad, en búsqueda de San Michele, la isla de los muertos. Miríadas de pájaros se lanzaban al vuelo en un torbellino frenético, persiguiendo el paso de la vida sin temor a la muerte. Por eso los moradores de este lugar, aprendices de los pájaros, ignoran a los humedales verdosos en los paredones de esta ciudad que flota, en donde evitar desaparecer es lo que revela su lucha contra ese dios del mar sin forma que fragmenta a la ciudad. En Venecia el verdugo yace a los pies. La nave era un brioso corcel negro con su cabeza derivada al infinito. Se mecía animando el último sueño de abstraídos pasajeros en un tiempo vacío. Solo era audible el rumor del agua que ya no se ceñía al frente. Bullía en hervidero ronquido por detrás. Adelante se extendía abierto el Adriático rumbo a San Michele, la última persistencia antes del olvido. La lonja de mar se había convertido en un interminable escenario desprovisto de sendas y detalles. Contra el horizonte los muros de *pietra rosata* se volvieron paulatinamente patentes. Se extendían vastos a los costados de la entrada, franqueada por dos torres separadas por tres arcos de medio punto. Detrás de ese linde el tiempo perdía la imaginación.

*San Michele no tiene la tristeza de los cementerios. Sus pobladores no parecen muertos, sino caminantes descansando de la existencia. En la concavidad que ofrecía el panteón en herradura que desembocaba al fondo en la capilla de la isla, un hueco abierto en una parcela de tierra entre dos vetustas y decrepitas paredes en ángulo recto me atrajo la atención. Se diría marginado de cualquier merodeo humano. Sobre una de*

*ellas inadvertidamente me hallé ante la placa funeraria (Foto) del nicho de Christian Andreas Doppler (Salzburgo, 1803 - Venecia, 1853). Inevitable, rememoré el “efecto Doppler”. Era un espejismo que se depositaba en mi conciencia y que percibía como una vibración íntima atada a la magia de lo imperecedero. Su frágil salud lo llevó al campo de la física y de las matemáticas, logrando probar la diferencia de escuchar un sonido mientras se es observador ante una fuente en movimiento. Este hallazgo presentado en Praga en 1842 lo inmortalizó a través de su persistencia de publicarlo al menos en unos cincuenta artículos. Para comprobar su teoría utilizó una locomotora en donde ubicó a un grupo de músicos y les indicó que tocaran la misma nota musical mientras que otro grupo de músicos, en la estación del tren, registraba la nota musical que oían mientras el tren se acercaba y alejaba al pasar ante ellos. Falleció en Venecia mientras intentaba recuperarse de una enfermedad pulmonar a los 49 años.*

Entre dos hileras de cipreses, casi haladas sus copas por el viento, emprendí el regreso en ese tiempo indefinido en que los muertos aún parecen vivos. Christian Doppler yacía en una arcilla que se sospechaba eterna y olvidada como la muerte. Aquí la muerte es un disfraz fortuito. El ser tiene su verdadera identidad luego de ella. Al fin la vida nunca se tiene, solo sucede.



Jorge C. Trainini<sup>MTSAC</sup>